Distribución geográfica de las personas mayores en España: la huella demográfica en el espacio durante el siglo XX

Rosa Gómez Redondo y Elena Robles González*

Resumen[1]

De cada cien españoles, 17 son actualmente mayores de 65 años (12 más que a principios del pasado siglo); y por cada cien españoles de 65 o más años, diez tienen 85 o más años (7 más que entonces). Bajo estas cifras se esconde, sin embargo, una distribución geográfica de la población mayor en España que revela diferencias muy sustantivas entre provincias. Esta distribución se halla condicionada por diversos fenómenos demográficos de largo desarrollo cuya incidencia difiere en las provincias dependiendo de sus tendencias reproductivas y migratorias, su nivel de salud y la longevidad de sus poblaciones. La variación geográfica del envejecimiento de la población en distintos periodos contiene la historia de esas poblaciones y su huella demográfica durante, al menos, los últimos cien años. A la luz de estas diferencias, es claro que las tendencias poblacionales del pasado condicionan las políticas públicas orientadas a la protección y el cuidado de los mayores en el presente, tanto de los mayores cuidadores como de los mayores receptores de cuidados.

1. Introducción[1]

El envejecimiento de una población es el resultado final de la *arithmetique de la vie et de la mort*[2] ("aritmética de la vida y de la muerte"), el equilibrio entre fecundidad y mortalidad. A este equilibrio estructural de la dinámica de la población se añade, cuando tomamos en consideración la distribución geográfica, el equilibrio de los movimientos poblacionales "no naturales", es decir, las migraciones. Este último factor afecta en menor medida que los anteriores al "envejecimiento de las personas mayores", porque, como muestra nuestro análisis, centrado en el grupo de población de los mayores de 65 años, estos últimos participan sólo de forma moderada en los movimientos de población, ya que han superado la edad económicamente activa. No obstante, el impacto en el presente de los movimientos internos o externos de la población del pasado está implícito en nuestro análisis.

El enfoque de este artículo es fundamentalmente histórico, pues se refiere a los cambios en la distribución de la población anciana a lo largo del siglo XX, sobre todo, a los que tienen lugar básicamente en su segunda mitad. El principal objetivo que nos planteamos es analizar la huella histórica que las transformaciones de los fenómenos demográficos dejan en la distribución espacial de los ancianos en España durante este período crucial del pasado siglo[3]. Dejaremos para otra ocasión abordar las relaciones entre los componentes del envejecimiento a lo largo del siglo XX.

España se encuentra entre los países de Europa y del mundo con una población más enve-

* Departamento de Sociología III, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) (rgomez@poli.uned.es; erobles@poli.uned.es).

[1] Estos resultados forman parte de dos proyectos de investigación sucesivos (BS2003-02907-MEC y SEJ2006-10972-MICINN). Algunos de los contenidos aquí presentados han sido publicados en Gómez Redondo (2010).

[2] Corresponde al título del primer capítulo de Vallin (1991: 7).

[3] La representación gráfica de la variación geográfica del envejecimiento que presentamos en este artículo ha sido realizada en colaboración con Noelia Cámara Izquierdo dentro del primero de los dos proyectos citados en la nota 1.

jecida. De cada 100 españoles, 17 tienen ahora 65 y más años, cuando en 1981 este grupo representaba sólo el 11 por cien. Los 7 millones de personas que conforman este colectivo de población continúan su proceso de envejecimiento en la franja más alta de la actual pirámide de población. Es más, a comienzos del siglo XXI, las proyecciones, tanto nacionales como internacionales, no hacen sino prever una aceleración de dicho proceso durante los próximos 50 años[4].

Obviamente, está fuera del alcance de este artículo estudiar en profundidad la evolución de los tres fenómenos demográficos principales (fecundidad, mortalidad y migraciones) durante el siglo XX, ya que esto implicaría describir los principales aspectos de la transición demográfica (Notestein 1945), la transición sanitaria (Lerner 1973; Caldwell 1990; Frenk *et al*. 1991; Meslé y Vallin 2002) y la evolución de las migraciones en un único trabajo. No obstante, antes de abordar la geografía del envejecimiento en España, objetivo de esta aportación, perfilaremos la evolución de los tres componentes básicos del proceso: la fecundidad (Gráfico 1), el equilibrio migratorio (Gráfico 2) y, de forma más amplia, la mortalidad, una de las cuestiones clave para el desarrollo de los argumentos que aquí se exponen (Gráficos 3, 4 y 5).

2. Los factores demográficos del envejecimiento de la población en España

Durante las tres últimas décadas del siglo XX, la fecundidad española experimentó un gran descenso, que se ha mantenido hasta la actualidad. Los valores al final del periodo oscilan entre los 1,2 y los 1,3 hijos por mujer, tal como se aprecia en el gráfico 1.

A su vez, las migraciones, tanto internas como internacionales, ocupan un lugar importante en este proceso, sobre todo, desde los años cincuenta, época en la que fueron particularmente intensas, cambiando el perfil de un país emigrante por otro de acogida a la inmigración, separados ambos por un período de estabilidad (Gráfico 2).

[4] Esta aceleración está relacionada con la llegada a edades avanzadas de las generaciones pertenecientes al *baby boom*, un fenómeno que tuvo lugar en nuestro país durante los años 60 y primeros 70 del siglo XX.

El cambio y las tendencias inesperadas de las migraciones durante las últimas décadas del siglo han afectado al proceso de envejecimiento en algunas regiones y, sin lugar a dudas, el impacto de este fenómeno demográfico, tanto en el pasado como en el presente, es co-responsable del proceso de regionalización que analizaremos más adelante.

En este artículo nos interesa especialmente el factor de la mortalidad, en particular, su descenso y el consecuente aumento de la vida media a lo largo del siglo XX, que se hace regular y sostenido desde finales de los años cincuenta (Gráfico 3). Ese creciente efectivo de supervivientes que llega a alcanzar la vejez es el que requiere mayor sostén económico, mayor atención social y sanitaria y, por tanto, una planificación más exhaustiva.

Si a esto se suman las ganancias en años de esperanza de vida de la población, que se concentran sobre todo en la segunda mitad del ciclo vital, el resultado neto –tanto en términos absolutos como relativos– es un incremento del número de mayores frente a un descenso del número de jóvenes. Este aumento de la esperanza de vida cambia la estructura de la población, envejeciéndola de forma sustancial por el peso relativo creciente de los mayores de 65 y de 85 años. Este es también un grupo en el que la desigualdad por sexo, tanto respecto a su longevidad como a su discapacidad, es extrema.

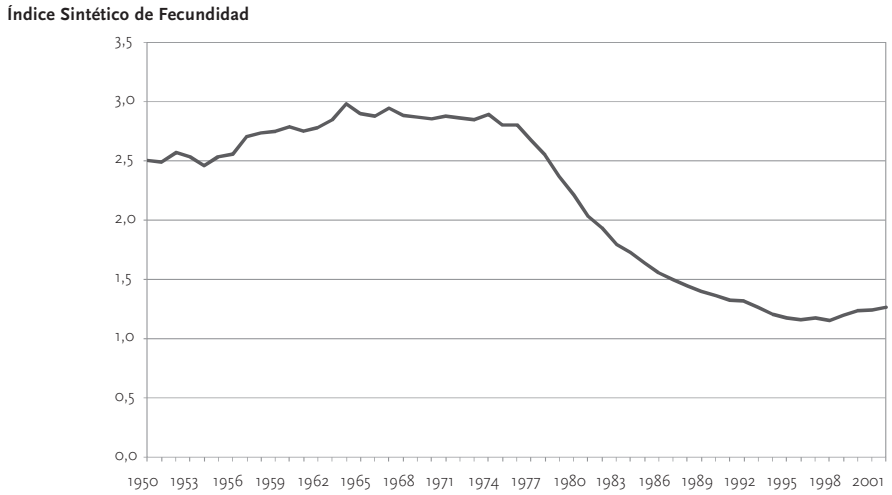
En efecto, cuando la mortalidad infantil alcanzó valores reducidos alrededor de 1970, desapareció la clara distribución bimodal de la mortalidad (niños y adultos) que se observa en 1900 en el gráfico 5[5], iniciándose un doble proceso de concentración y desplazamiento de las defunciones cada vez a edades más avanzadas, con el correspondiente cambio epidemiológico (Olshansky y Ault 1986) que caracteriza la longevidad de una población demográficamente avanzada (Kannisto 2000, 2001), como es la nuestra.

El incremento de la longevidad ha elevado el número de supervivientes a edades avanzadas (Wilmoth 1997; Meslé y Vallin 1998; Robine y Michel 2004), lo que aumenta la población

[5] Al principio del periodo, la esperanza de vida al nacer y la mediana se encontraban muy alejadas de la moda, mientras que un siglo más tarde los tres indicadores se sitúan muy cerca y centrados sobre las edades más avanzadas (figura 5).

Gráfico 1

Evolución del número medio de hijos por mujer (ISF) en España (1950-2001)

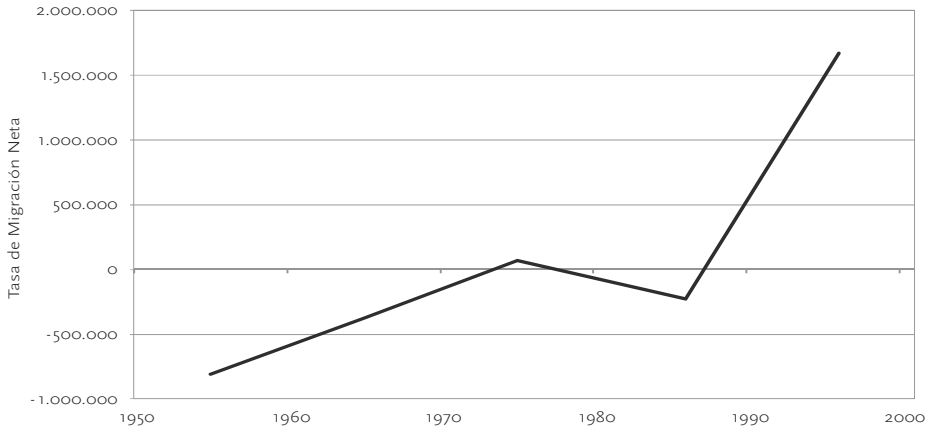


Fuente: Elaboración propia a partir de datos del INE (www.ine.es).

demandante de prestaciones y servicios específicos y, además, prolonga su permanencia en el final de su ciclo vital, cuando la discapacidad y la dependencia son mayores. La estructura de la mortalidad ha cambiado efectivamente durante el siglo XX y esta población de mayor edad es el producto de una "revolución gris" que se ha acelerado durante las últimas décadas del siglo XX y que continúa hasta nuestros días. Especialmente clara es la tendencia en el caso de

Gráfico 2

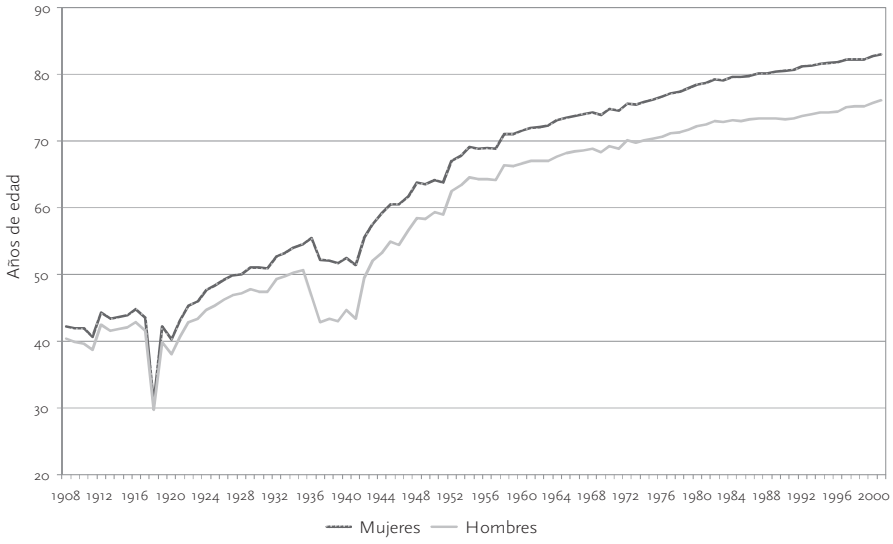
Evolución de la tasa de migración neta en España (1950-2000)



Fuente: Zamora, Cámara y Parant (2005).

Gráfico 3

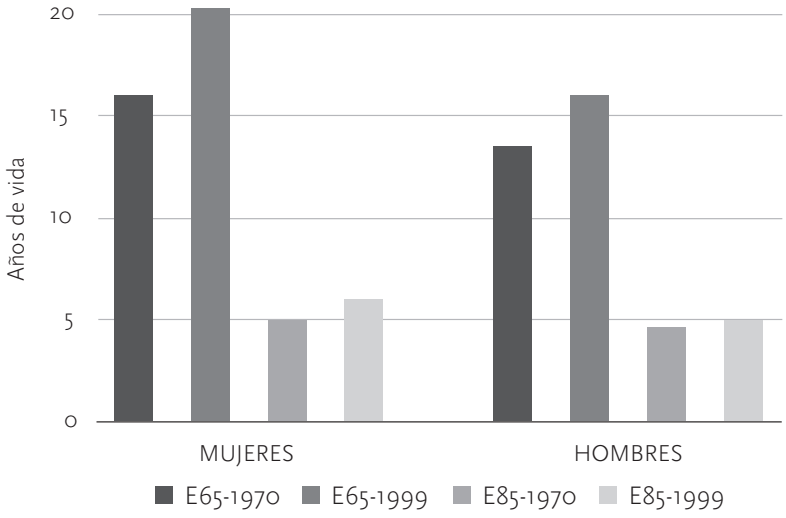
Evolución de la esperanza de vida al nacer en España (1908-2001)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos del INE (ww.ine.es).

Gráfico 4

Esperanza de vida a los 65 (e65) y a los 85 (e85) años de edad (1970 y 1999)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos del INE (www.ine.es).

las mujeres, cuyos efectivos se mantienen sin apenas pérdidas hasta alcanzar la vejez[6], lo que produce la feminización de la población mayor en España en virtud de esa mortalidad diferencial que favorece a la población femenina (Gómez Redondo 1995; Canudas-Romo *et al.* 2009).

Pero, ¿cuáles fueron los cambios de la estructura por edad de la población como consecuencia de las transformaciones demográficas descritas? El más importante, sin duda, ha sido el incremento del peso relativo de las personas mayores con respecto al resto de la población. Ello obedece bien al aumento de los efectivos de mayor edad, bien al descenso en proporción de otros grupos de población: niños, por la drástica caída de la fecundidad; o adultos, que emigran o se mueren. En términos generales, la tendencia principal en la mayoría de los países occidentales es el resultado de la suma de ambos componentes del envejecimiento.

De hecho, la reducción inicial de la mortalidad infantil elevó el número de niños[7] y, a largo plazo, permitió que los supervivientes a edades tempranas alcanzaran las edades adultas y la senectud. Así, las generaciones que a comienzos del siglo XX sobrevivieron a las altas tasas de mortalidad de la infancia existentes en ese momento, son las que hoy constituyen los grupos de edad más avanzados, que se encuentran entre las poblaciones con la mayor esperanza de vida alcanzada. Con el cambio de siglo, hemos llegado, por primera vez en la historia, a un punto en el que la población española está compuesta por más personas ancianas que personas jóvenes (Gráfico 6).

3. El proceso: evolución y cambios geográficos

La evolución de los factores del envejecimiento a lo largo del siglo ha sido muy variada, igual que su ritmo en el proceso de transición demográfica y sus resultados netos a escala provincial. Nuestro objetivo en este trabajo se limita a la presentación de una geografía del envejecimiento[8] a lo largo del siglo XX, que será ampliada más adelante en análisis posteriores.

En nuestras sociedades, se considera convencionalmente que la vejez comienza en el momento en que termina la actividad económica de una persona. La edad de jubilación en España está fijada actualmente en los 65 años. Los mapas del cuadro 1 muestran el porcentaje de efectivos de 65 y más años respecto al total de la población a escala provincial[9]. Cabe señalar varios aspectos a la luz de estos mapas: en primer lugar, el nivel de envejecimiento siempre ha sido superior en la mitad norte de la península. En segundo lugar, la proporción de personas mayores se ha incrementado en toda España, sin excepción, durante el siglo XX, pero es evidente que existe un mayor porcentaje de personas en edad de jubilación en las provincias interiores de la mitad norte del país.

Para aquellos con 85 o más años (cuadro 2), es decir, las personas que representan a la población de edad más avanzada en el actual contexto social y sanitario, la distribución geográfica muestra las mismas coordenadas que se han indicado antes. En cualquier caso, merece la pena señalar que los porcentajes representados son diez veces inferiores a los de la población de 65 o más años respecto a la población total.

Desde otro punto de vista, se observa que las áreas geográficas aparecen más claramente definidas durante la segunda mitad del siglo. A juzgar por los datos disponibles para los distintos grupos de edad y los censos, los años ochenta supusieron un cambio en la regionalización, entendido este término en un sentido amplio, es decir, considerando las regiones como áreas geográficas homogéneas y diferenciadas entre sí, más allá de los límites administrativos. Por último, la serie de mapas también pone de manifiesto que todas las provincias mantienen, en general, un porcentaje entre medio y alto de cualquiera de los dos grupos de edad en los que se ha dividido a la población mayor: mayores (65 o más años) y ancianos (85 o más años).

[6] Este proceso se denomina "rectangularización de la curva de supervivientes de la tabla de mortalidad".

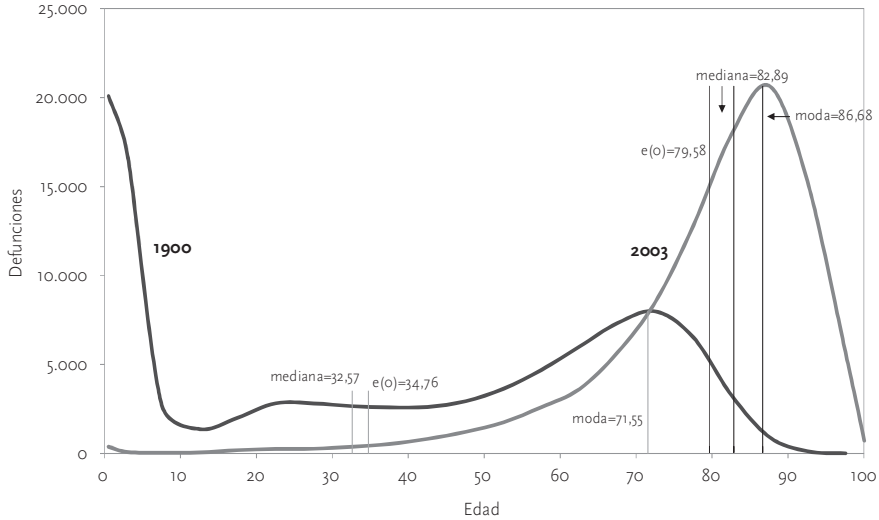
[7] El descenso de la mortalidad infantil, en sus inicios, produce el efecto contrario en la estructura por edad, rejuveneciendo la población española.

[8] Estas series de mapas, en los que se refleja la distribución provincial del envejecimiento en España a lo largo del siglo XX, se han elaborado mediante el programa informático *MapViewer*.

[9] Los datos de la población de 65 o más años, de 85 o más años, y del total proceden del INE, *Censos de Población* (1900 a 2001).

Gráfico 5

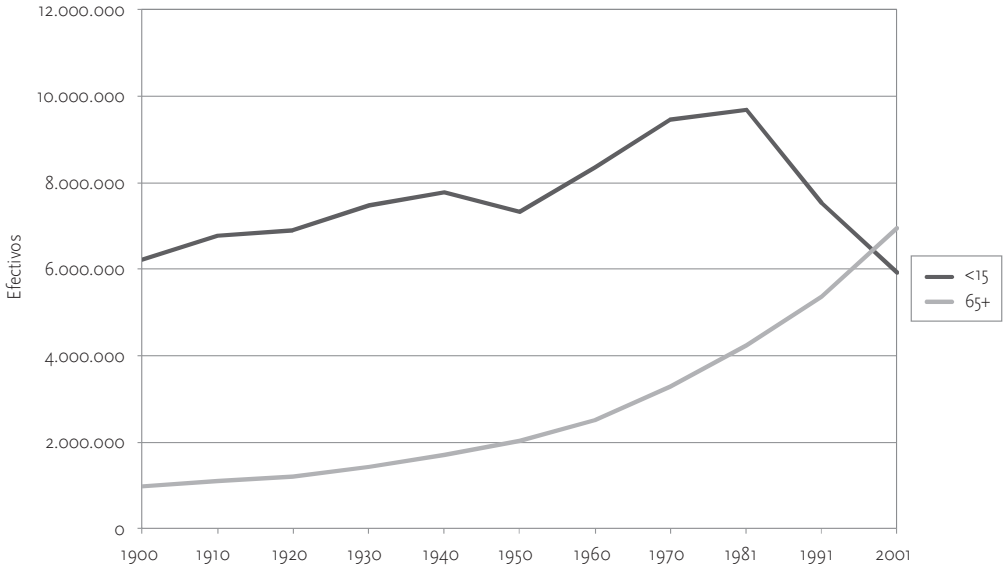
Proceso de concentración y desplazamiento de las defunciones a edades avanzadas: defunciones teóricas ($_nD_x$) en España (1900 y 2003)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos procedentes de ONU-DAES (2009).

Gráfico 6

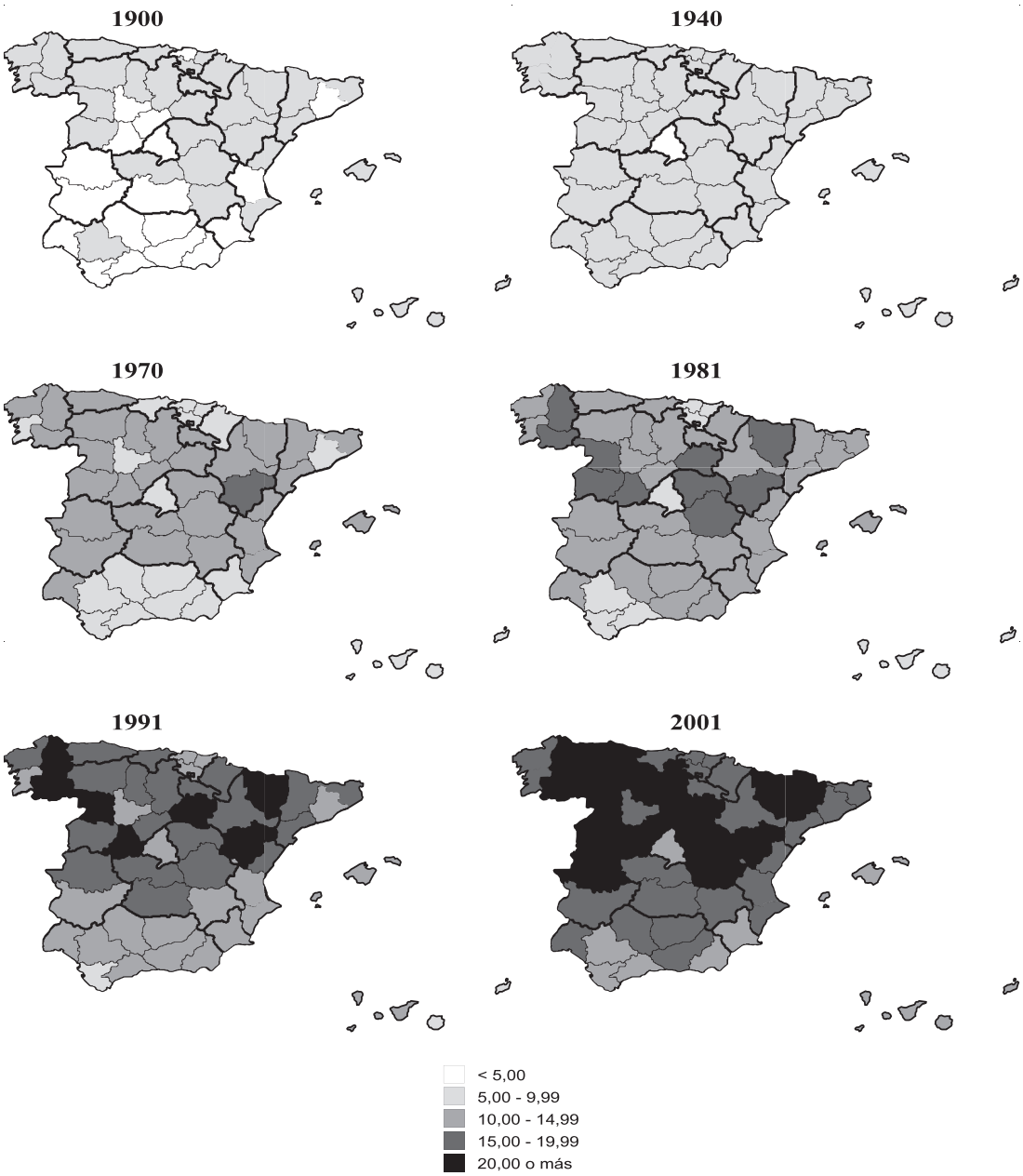
Evolución de la población joven (<15 años) y mayor (65 o más años) en España (1900-2001)



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del INE (www.ine.es).

Cuadro 1

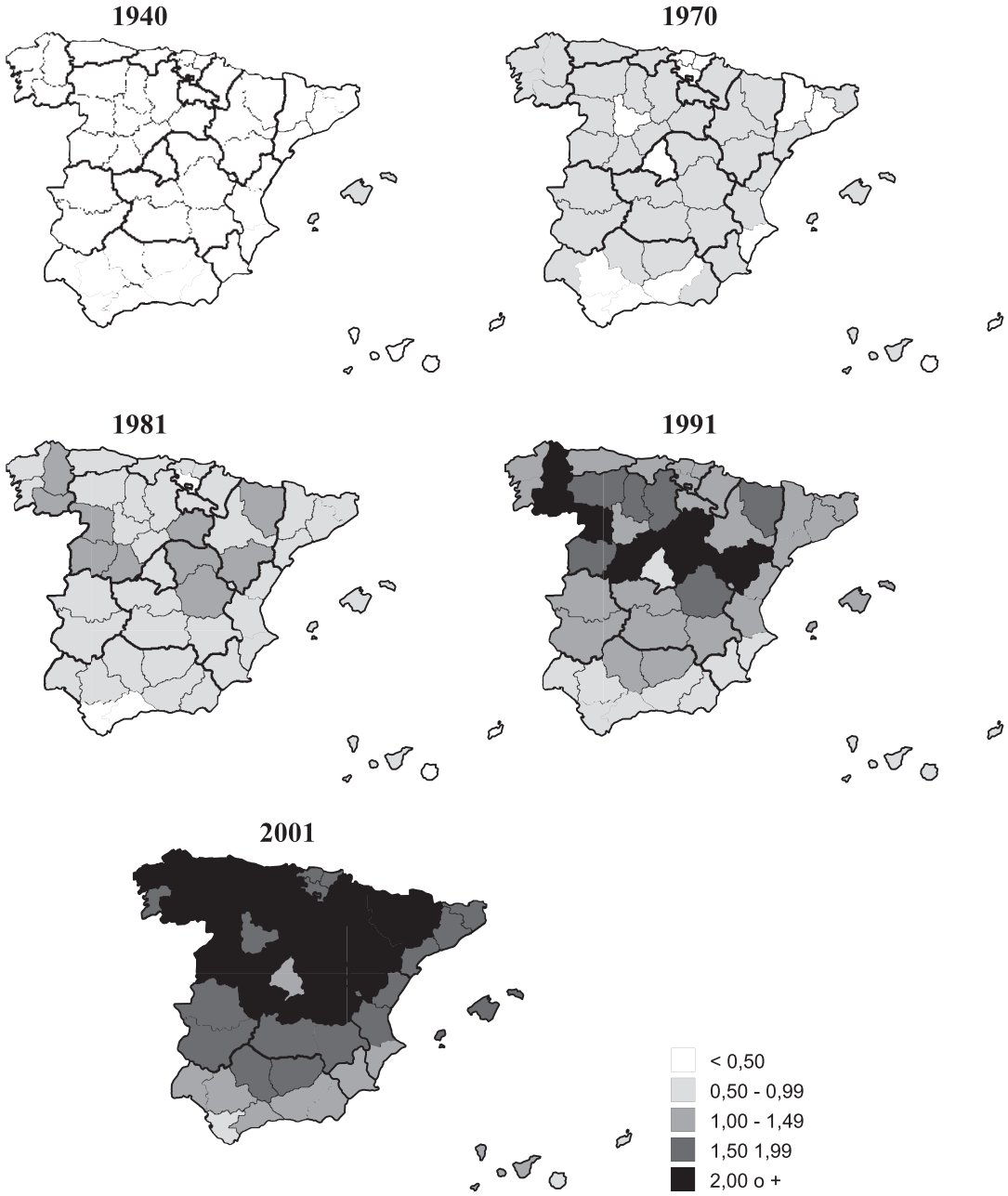
Mapas: porcentaje de la población de 65 o más años respecto a la población total de la provincia (1900-2001)



Fuente: INE, Censos de Población.

Cuadro 2

Mapas: porcentaje de la población de 85 o más años respecto a la población total de la provincia (1940-2001)



Fuente: INE, Censos de Población.

4. El envejecimiento de la vejez: estructura por edad y por sexo de los ancianos

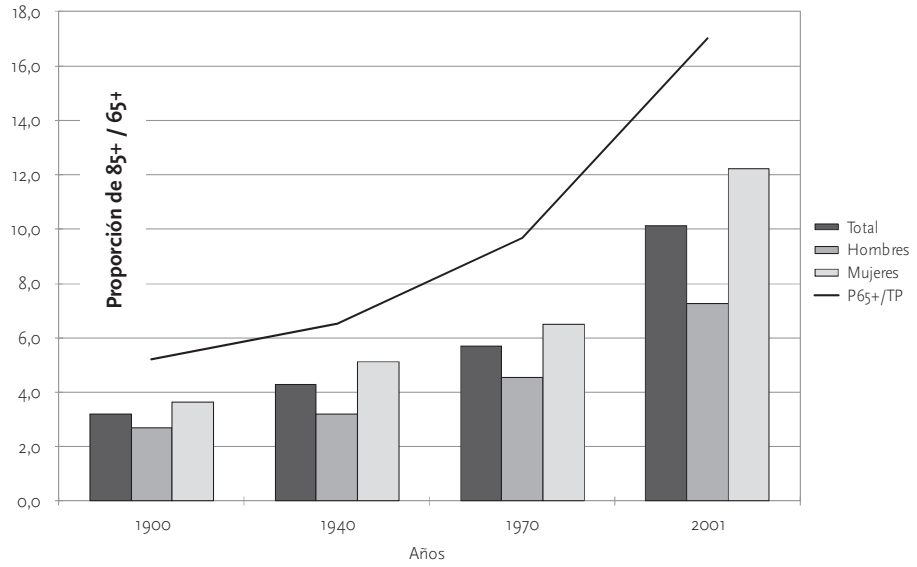
En España, como en otros países occidentales, el "envejecimiento de las personas mayores" es una característica propia de la segunda mitad del siglo XX, más específicamente desde la década de 1970. Si los 65 años son, desde cualquier perspectiva, el umbral de la vejez, debemos tomar en consideración que, gracias al nivel de salud y a la calidad de vida de aquellos que alcanzan esa edad, los efectivos mayores de 85 años (y el porcentaje de la población mayor y del total de la población que éstos representan) han seguido aumentando durante las últimas décadas, tal como recoge el gráfico 7.

Por tanto, el envejecimiento de las personas mayores nos lleva a valorar el incremento de la longevidad como un fenómeno básico para la consecución de estos cambios estructurales, por encima de la fecundidad y las migraciones. Es más, la desigualdad por sexo en el incremento de la longevidad explica la feminización de la población española, especialmente a edades avanzadas. El gráfico 7 muestra el porcentaje de personas ancianas respecto al total de personas mayores (85+/65+). Dicho porcentaje se ha multiplicado por cinco a lo largo del siglo, permitiendo que las mujeres alcancen el 12 por cien de la población anciana, mientras que los hombres representan sólo el 7 por cien de esta población al final del periodo de estudio.

La representación espacial de este envejecimiento de la vejez (cuadro 3) pone de manifiesto cómo en 1940, en la mayor parte de Andalucía, Galicia, Asturias y algunas provincias dispersas, los mayores de 85 años alcanzaban en torno al 4-6 por cien de la población de 65 o más años. En 1970 sólo algunas provincias septentrionales superaban ese porcentaje, mientras que en 1981 la tendencia se había extendido a otras regiones. En 1991 y 2001 los porcentajes más elevados se concentran en la mitad norte del país, de tal forma que, al final del periodo de estudio, España se encuentra dividida en una zona norte, con una población de 85 o más años que representa más del 10 por cien del total de la población mayor, y una zona sur, con valores inferiores.

Gráfico 7

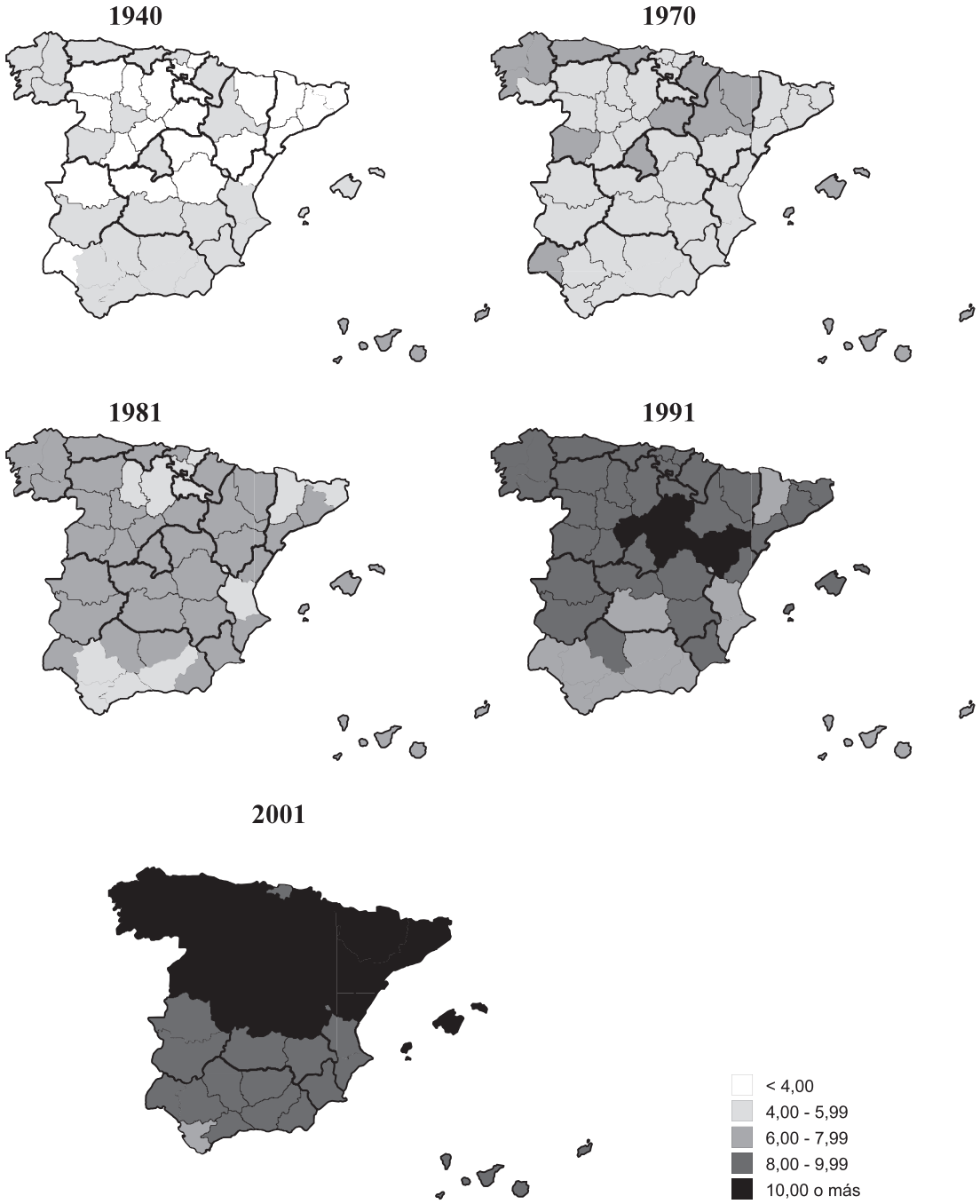
Envejecimiento de la población anciana en España (1900-2001). Porcentaje de la población de 65 o más años en la población española y porcentaje de la población de 85 o más años en la población de 65 o más años



Fuente: Robles, Gómez Redondo y Cámara (2006).

Cuadro 3

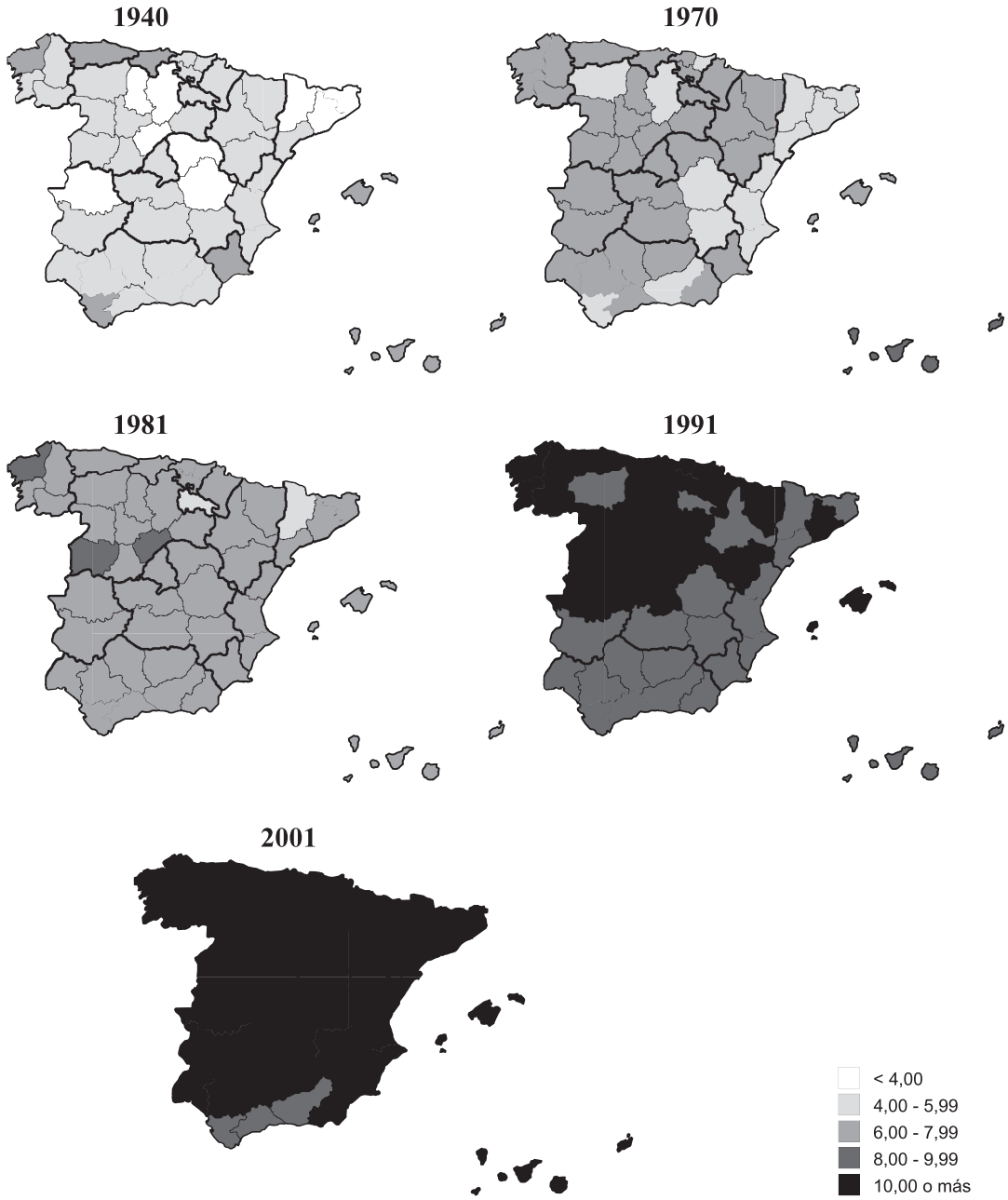
Mapas: porcentaje de la población de 85 o más años sobre la población de 65 o más años de la provincia, ambos sexos (1940-2001)



Fuente: INE, Censos de Población.

Cuadro 4

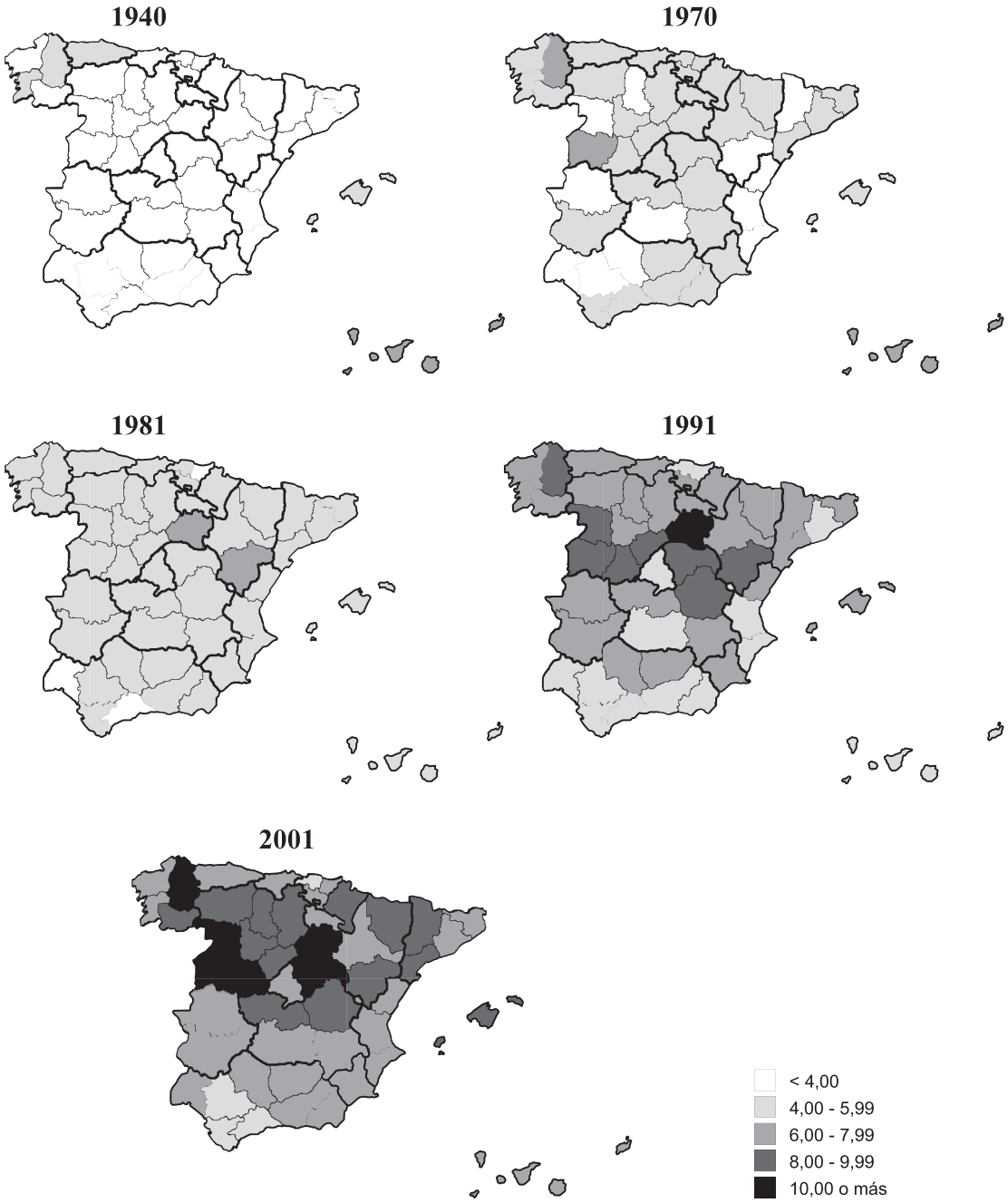
Mapas: porcentaje de la población de 85 o más años sobre la población de 65 o más años de la provincia, mujeres (1940-2001)



Fuente: INE, Censos de Población.

Cuadro 5

Mapas: porcentaje de la población de 85 o más años sobre la población de 65 o más años de la provincia, hombres (1940-2001)



Fuente: INE, Censos de Población.

La representación del envejecimiento se halla más claramente definida en el caso de las mujeres. Esto se debe, en buena medida, a la esperanza de vida, más elevada entre las mujeres españolas que entre los hombres, lo que ha redundado en un mayor número de las primeras entre los efectivos de mayor edad. En 1991 el porcentaje de mujeres de 85 o más años sobre la población femenina de 65 o más años superaba el 10 por cien en todo el interior de la mitad norte de España, mientras que en 2001 la tendencia se había extendido prácticamente a todo el país, excepto al sur de Andalucía (cuadro 4). Los hombres, en cambio, muestran una regionalización menos definida, pero también entre ellos se observa una persistencia de los porcentajes de razón elevada en el interior septentrional en 1991, así como una extensión clara hacia otras zonas del norte en 2001 (cuadro 5). Por otra parte, la estructura diferencial de las personas mayores reflejada en los distintos mapas muestra una composición muy similar a la obtenida para la razón de españoles con 85 o más años respecto al total de la población (véase el cuadro 2), aunque naturalmente con porcentajes menores.

5. La feminización de la población anciana y su variación geográfica

Los índices de masculinidad a escala provincial permiten establecer relaciones entre la población femenina y masculina que alcanza edades avanzadas. Antes de abordar esta distribución geográfica de la población mayor femenina, veamos cuál ha sido la evolución de la razón de masculinidad[10] en España a lo largo del siglo XX (Gráfico 8).

Cabe destacar cómo la razón de masculinidad a distintas edades es bastante irregular durante la primera mitad del siglo, mientras que en la segunda mitad se caracteriza por una manifiesta regularidad y por el mantenimiento de la tendencia. En el siglo XX se asiste a un incremento de la razón de masculinidad durante la primera mitad de la vida y a un descenso en la segunda mitad. De hecho, la proporción mayor de hombres se mantiene hasta el período adulto, hasta la mitad del ciclo vital (45-50 años). Desde esa edad, la tendencia a lo largo del siglo ha sido a la feminización de la población en edades avanzadas, cada vez en mayor medida y desde edades más tempranas.

La observación del perfil diferente de las dos series de esa razón de masculinidad representadas en el gráfico 8, una correspondiente a 1900 y otra a 2001, permite analizar esquemáticamente el cambio que se ha producido en la relación por edad entre la población masculina y femenina españolas[11]. El aumento del número de hombres por mujer desde el nacimiento hasta los 45 años de edad responde a dos factores muy diferentes: por un lado, al aumento de la supervivencia de los niños y jóvenes que alcanzan la edad adulta, lo que ha beneficiado a los varones, que habían sido afectados diferencialmente en mayor medida por la mortalidad en los principios del siglo; por otro lado, a la inmigración a edades jóvenes activas en las décadas finales del siglo XX.

Por el contrario, el descenso del número de hombres por mujer a partir del ecuador de la vida obedece fundamentalmente a una mayor y persistente longevidad entre las mujeres, aunque en menor medida se ha de considerar también el impacto de la mortalidad sobre los hombres en edad militar durante los años de la Guerra Civil, lo que ha alterado la razón masculina desde ese momento hasta la extinción de estas generaciones.

Por otra parte, el análisis a lo largo del siglo (cuadros 6 y 7) muestra una España progresivamente feminizada. Se trata de una tendencia de crecimiento gradual y continuo, caracterizada por un descenso del índice de masculinidad provincial y un aumento simultáneo de la población femenina gracias a los factores enunciados. El resultado neto es, por tanto, la feminización de la población anciana y de la geografía española, que se hace evidente a lo largo de todo el período.

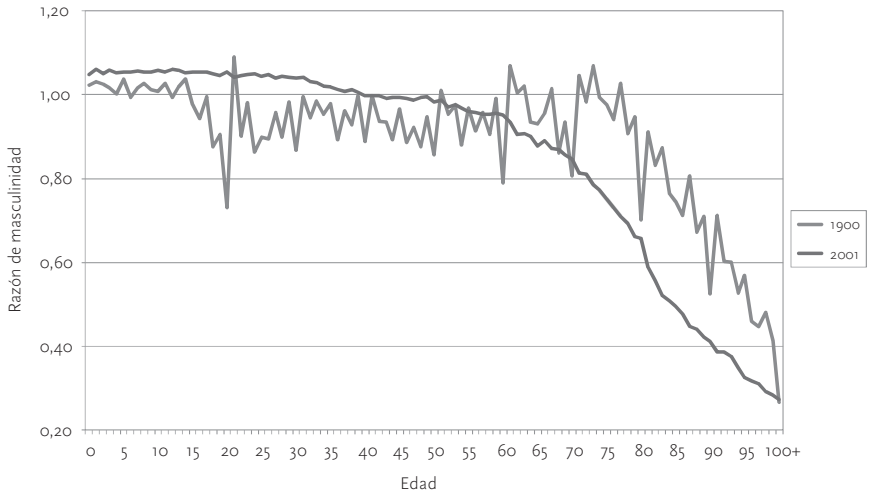
La serie de mapas incluida en el cuadro 6, que representa la razón de masculinidad provincial para la población de 65 o más años, podría señalar la existencia de una relación entre este indicador y el fenómeno migratorio. En efecto, a principios de siglo, sólo en algunas provincias de la

[10] La razón de masculinidad se refiere al número de hombres por cada mujer.

[11] Dado el objeto general de éste análisis, sólo se recoge en el Gráfico 8 el cambio representado por los dos años extremos que enmarcan el periodo considerado, pero en el mismo se inscriben series anuales de transición entre el inicio y el final del proceso de feminización de la población anciana. En estas series se ve reflejado también el impacto de las crisis que afectaron a la población española durante el mismo periodo.

Gráfico 8

Evolución de la razón de masculinidad en España (1900-2001)



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del INE (www.ine.es).

mitad norte de la península y en la frontera pirenaica con Francia, se observa un porcentaje elevado de población masculina. Asimismo, se aprecia una tendencia secular en dos provincias de la costa de Galicia a las que, décadas más tarde, se añade todo el área del Cantábrico: son todas ellas regiones caracterizadas por unos niveles de migración masculina tradicionalmente elevados y, por tanto, con un alto grado de feminización de la población.

No obstante, la recuperación de las "ventajas biológicas" (Waldrom 1983) de las mujeres frente a la muerte a través de los cambios sociales –un fenómeno que se produce en toda sociedad desarrollada (Vallin 1993; Vallin y Meslé 1989)[12]– queda patente aún con mayor claridad en los mapas de la población de 85 o más años (cuadro 7), a pesar de que, obviamente, las razones de masculinidad registren valores mucho más bajos. Este proceso es más intenso entre las personas más ancianas, y también es más homogéneo en lo que respecta a su distribución geográfica: afecta más a las áreas del tercio norte peninsular, así como a algunas zonas interiores. En la actualidad, la razón de masculinidad es muy homogénea, y se encuentra por debajo de 0,6 en todas las provincias[13].

Cabe también destacar que varias grandes capitales registran un porcentaje más elevado de mujeres que de hombres entre las personas mayores. Esto podría deberse a la existencia de flujos de apoyo inter-generacional, sobre todo entre las mujeres. Dada su mayor esperanza de vida con respecto a sus maridos y la diferencia de edad dentro del matrimonio en las generaciones objeto de estudio, la proporción de viudas es netamente superior[14]. Este importante hecho ha proporcionado a las familias un apoyo informal, impagable, en la forma de una mayor coexistencia de las mujeres con las familias de sus hijos, que, por lo general,

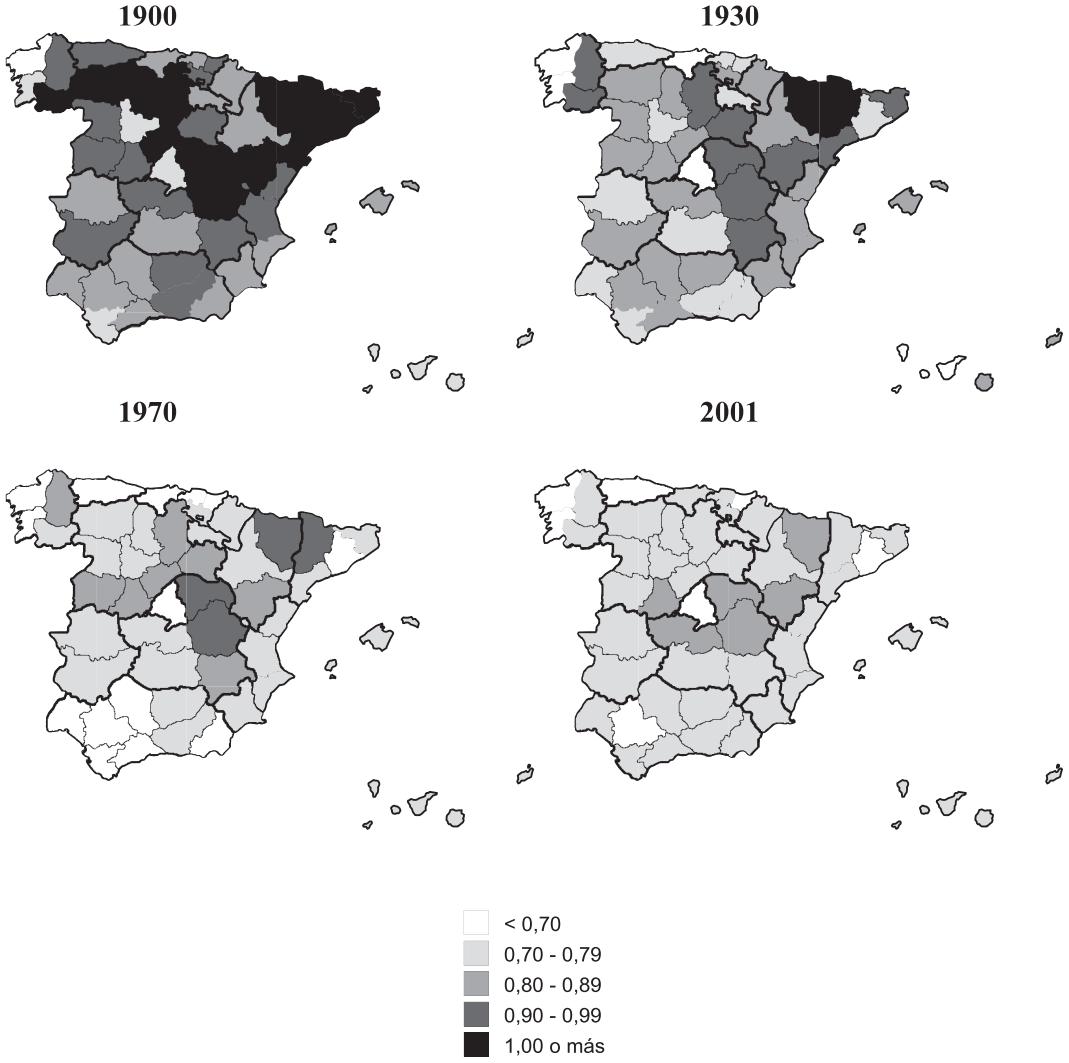
[12] Esta tendencia general ha sido descrita por Vallin (1997: 99) con estas palabras: *De la reconquête d'un avantage original à la conquête d'un privilege nouveau* ("De la reconquista de una ventaja original a la conquista de un nuevo privilegio"). Se trata del título de un capítulo de la mencionada referencia, en el que este autor sintetiza en sólo dos frases el complejo proceso del aumento de la esperanza de vida entre las poblaciones femeninas.

[13] Lo cual significa que hay 60 hombres por cada 100 mujeres, mientras que, a principios de siglo, había provincias con más hombres que mujeres.

[14] De hecho, de acuerdo con el Censo de 2001, las viudas representan el 44 por cien de la población femenina de 65 o más años, mientras que los viudos representan menos del 13 por cien de la población masculina de esa edad. Según la misma fuente, una de cada cuatro mujeres de este grupo de edad vive sola.

Cuadro 6

Mapas: Razón de masculinidad de la población de 65 o más años (1900-2001)

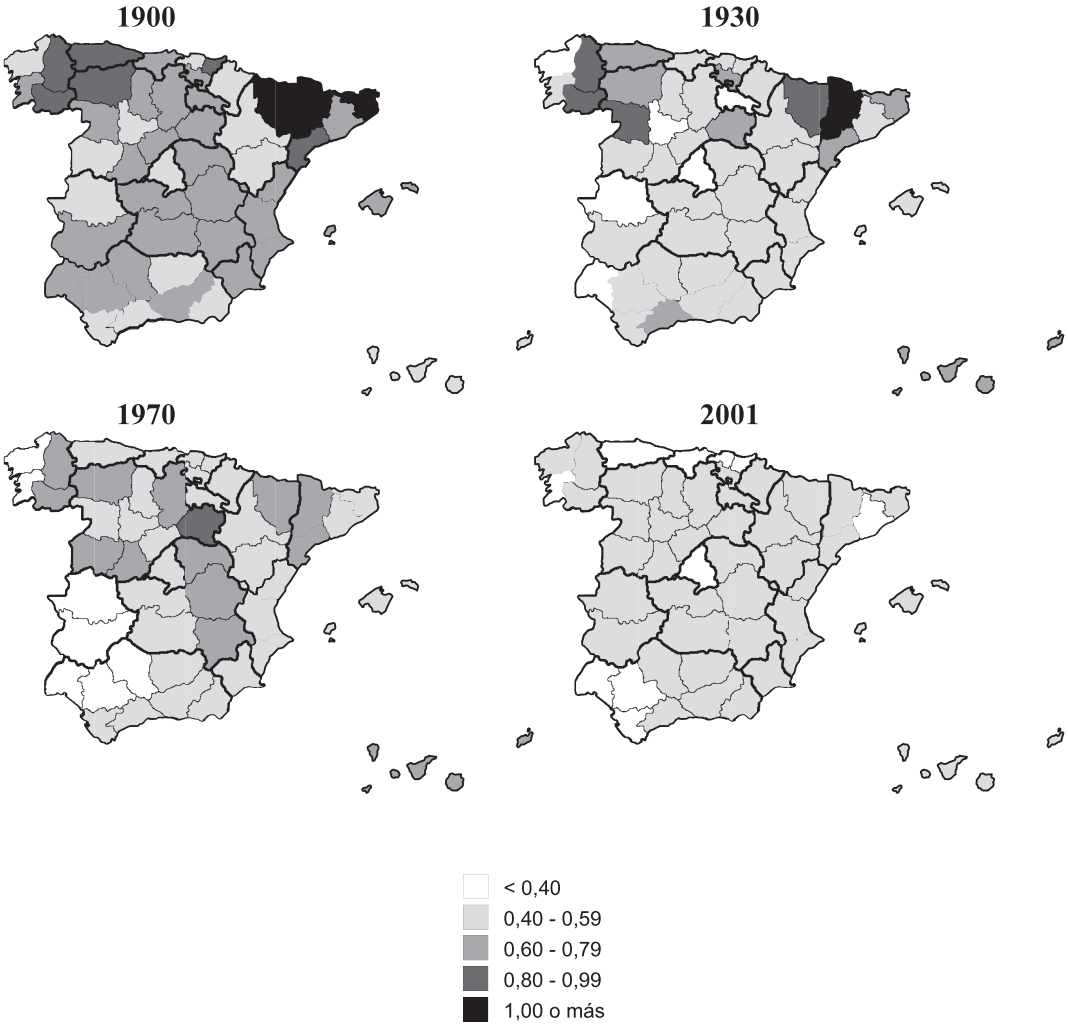


Fuente: INE, Censos de Población.

residen en entornos urbanos. Además, es importante tener en cuenta que es en estas ciudades donde aparecen las primeras residencias de ancianos y donde éstas son más numerosas, especialmente las dedicadas a personas de edades muy avanzadas.

Cuadro 7

Mapas: Razón de masculinidad de la población de 85 o más años (1900-2001)



Fuente: INE, Censos de Población.

6. El aumento de la población de mayor edad

Se ha podido documentar hasta aquí el incremento en los efectivos de la población de mayor edad, así como de su peso porcentual en la estructura por edad. Una vez definida la proporción representada por estos grupos en el vértice de la pirámide de población española, el siguiente paso consiste en analizar el incremento de su proporción con respecto al volumen total de la población. En menos de cincuenta años, la distribución geográfica del incremento porcentual de la población mayor en España se ha transformado, pasando de ser homogénea a mostrar una clara regionalización, tal como se describe más abajo.

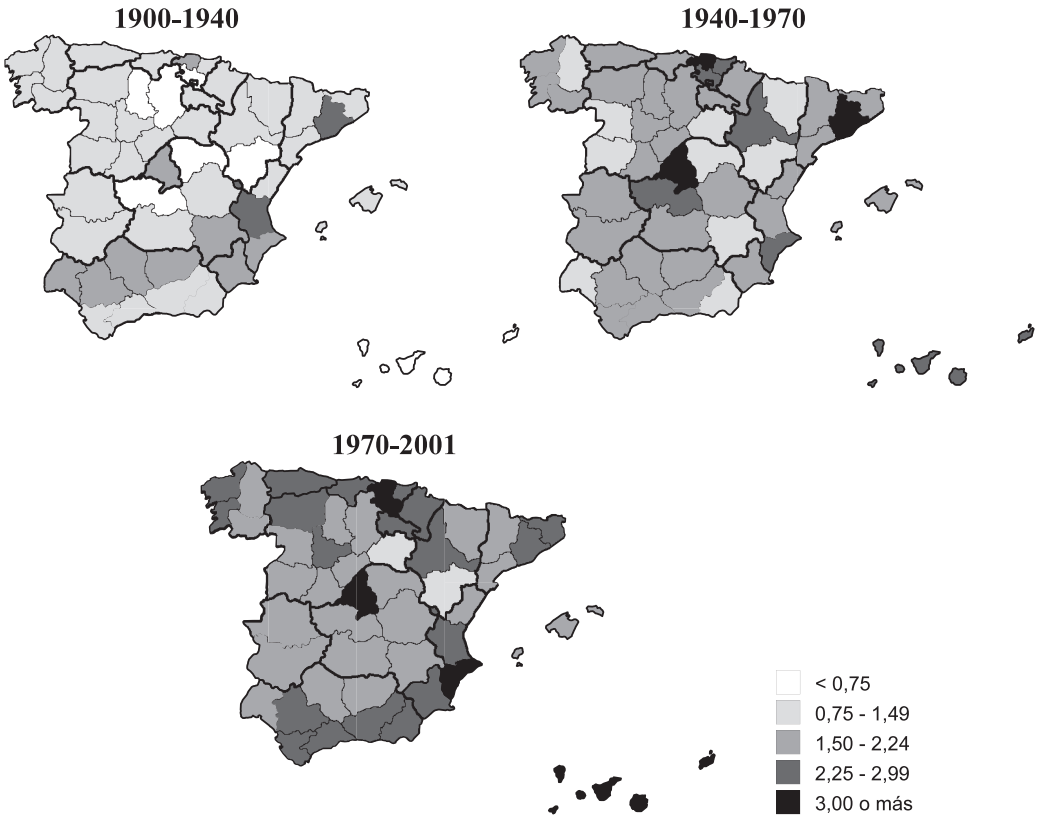
La serie de mapas reunidos en el cuadro 8 muestra la distribución geográfica del incremento de la población de 65 o más años. Hay muy pocas provincias que destaquen, excepto por la aportación de las grandes capitales: es el caso de Madrid, Barcelona y Vizcaya. Más allá de la singularidad del periodo que transcurre entre 1940 y 1970, el incremento es perceptible y relativamente homogéneo en todo el país, siendo sólo estas tres provincias las que presentan porcentajes de incremento superiores al 3 por cien. Sin embargo, entre 1970 y 2001 surge una nueva tendencia de crecimiento en las zonas costeras. En un primer momento, esta tendencia aparece en toda la costa del sudeste mediterráneo y también a lo largo de la costa del Cantábrico. Es decir, en casi toda la costa española –con excepción de la costa sudoccidental– se produjeron aumentos superiores al 2,25 por cien.

Se ha de tener en cuenta que las personas que han alcanzado la edad de jubilación se integran en las nuevas migraciones, tanto europeas como españolas. Se trata de personas que, bien buscan zonas soleadas y poco caras, con buenas infraestructuras médicas donde establecerse, bien forman parte de los efectivos de españoles que durante los años cincuenta y sesenta emigraron a países europeos más prósperos y que ahora regresan a su país a disfrutar de su retiro. Una buena parte de estos efectivos retornados se establece cerca del mar; el resto lo hace en sus provincias de origen o en provincias aledañas.

La distribución espacial del incremento de los mayores de 85 años (cuadro 9) pone de relieve cierta similitud con la de los mayores de 65 años. Sin embargo, el grado de incremento porcentual de los muy mayores entre 1940 y 1970 fue supe-

Cuadro 8

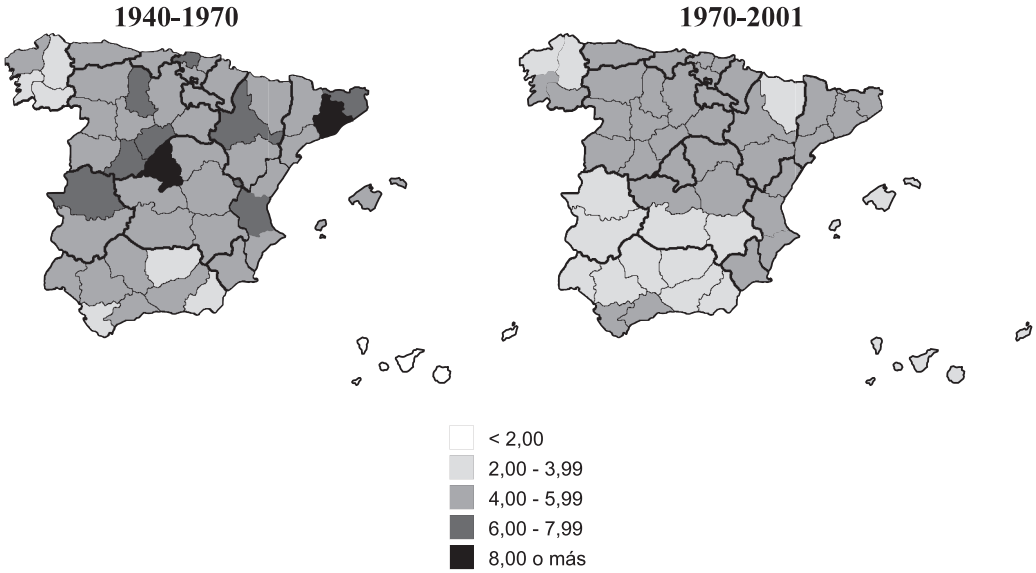
Mapas: Incremento (%) de la población de 65 o más años (1900-1940, 1940-1970 y 1970-2001)



Fuente: INE, Censos de Población.

Cuadro 9

Mapas: Incremento (%) de la población de 85 o más años. 1940-1970 y 1970-2001



Fuente: INE, Censos de Población.

rior, además de general y relativamente homogéneo en todo el país. Constituyeron la excepción las provincias en las que se localizan las grandes capitales, tales como Madrid, Barcelona, Valencia y Zaragoza, con aumentos superiores al 8 por cien en este grupo de edad. Otras provincias también experimentaron aumentos, pero a un nivel más modesto.

En cambio, entre 1970 y 2001 este tipo de incremento se concentra en dos focos principales: la mitad norte, por una parte, y la costa oriental mediterránea, por otra, con la incorporación adicional de dos provincias costeras de Andalucía, como son Cádiz y Málaga. El resto de la mitad sur de España muestra otra tendencia, con incrementos inferiores al 4 por cien. Las dos áreas recién mencionadas tienen muy poco en común, perteneciendo a regiones administrativas caracterizadas por tendencias poblacionales muy diferentes. En efecto, Castilla-León y Levante –donde la población de 85 o más años aumentó por encima del 6 por cien durante las tres últimas décadas del siglo XX– muestran incrementos de origen y composición muy distintos: por un lado, en este grupo de edad (85 o más años) la mortalidad diferencial es un factor clave. Téngase en cuenta que Castilla-León tiene la esperanza de vida más alta de España, mientras que la costa oriental presenta, junto con Andalucía y Murcia, una de las esperanzas de vida más bajas. Por otro lado, es preciso subrayar los flujos de las migraciones de europeos y nacionales mayores hacia las regiones costeras. Por último, también ha de señalarse el retorno al lugar de origen de aquellos que se jubilaron en los años setenta y que, veinte años más tarde, con edades ya muy avanzadas, forman parte de un proceso de concentración en la región norte de la península, como se aprecia en el mapa correspondiente.

7. El despoblamiento de la España interior y la vejez vivida en soledad en el presente

Después de describir la distribución espacial del envejecimiento en España, su evolución y el cambio en la estructura por edad y sexo en las provincias españolas, es el momento de analizar

algunas relaciones de interés entre el proceso y otras variables sociodemográficas. Sin ánimo de exhaustividad, se exponen aquí, a modo de ejemplo, dos de ellas[15]. El objetivo de este análisis, en última instancia, es aportar nuevos conocimientos sobre algunas consecuencias inmediatas de la regionalización en la evolución analizada, de modo que este conocimiento del pasado ayude a entender algunas características del presente y sirva de cara a la orientación de políticas sociales futuras que tengan en cuenta la distribución espacial de las potenciales demandas de las personas más ancianas.

Entre los factores que subyacen a la distribución espacial de la población española se ha mencionado, además del impacto de la caída de la fecundidad y de la mortalidad, un tercer elemento, como son los efectos de los movimientos migratorios. Respecto al objeto de estudio de este artículo, destacan los movimientos tanto del medio rural al urbano como del interior al litoral, que tuvieron lugar fundamentalmente en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado (Robles *et al*., 2006), tal como se ha mencionado anteriormente.

Aunque los movimientos migratorios comenzaron a producirse en la posguerra, se aceleraron con un proceso de desarrollo que, si bien tardío y aislado del resto de Europa, sirvió de foco de atracción para la población tradicionalmente dedicada a la agricultura. Este proceso originó el despoblamiento del noroeste interior español. Posteriormente, a partir de los años setenta, a estos movimientos se añadieron otros nuevos, como la inmigración de personas mayores por cambio estacional o permanente, el retorno de algunos de los efectivos de emigrantes españoles a sus regiones de origen o a la costa oriental de España y, más recientemente, la incorporación de jubilados del norte y centro de Europa a las zonas costeras.

Sobre la base presentada, interesa relacionar aquel importante despoblamiento que tuvo lugar en numerosas provincias españolas entre 1950 y 1970, y que supuso una caída en algunas regiones en la densidad de población[16] sin precedente histórico, con la forma de convivencia de los ancianos en el presente, basándonos en la población de 85 o más años que vive en hogares unipersonales[17]. La regresión representada en el gráfico 9 relaciona el índice de cambio de densidad entre 1950 y 1970[18] y el índice de hogares unipersonales de 85 o más años en 2001[19]. Obsérvese que metodológicamente se introduce un *gap* temporal de 30-50 años entre la reducción de la densidad de población (reducción que fue motivada por la marcha de los adultos jóvenes en edades activas) y la proporción de hogares unipersonales formados por personas de 85 o más años.

Se aprecia una correlación inversa[20], ya que cuanto menor es el aumento de densidad de la provincia, mayor es el porcentaje de hogares unipersonales de 85 o más años en la misma. El cambio de densidad en muchas provincias es negativo[21]: el extremo más significativo se sitúa en aquellas pro-

[15] Agradecemos a Juan Manuel García González su colaboración en este apartado, realizando los gráficos presentados en el mismo.

[16] La densidad de población mide el número de habitantes por km^2. Los datos para su cálculo proceden del INE, *Censos de Población* (1950 a 2001).

[17] Los datos para el cálculo de los hogares unipersonales de 85 o más años proceden del INE, *Censo de Población de 2001*.

[18] El índice de cambio de densidad se calcula poniendo en el numerador el cambio de densidad de cada provincia entre 1950 y 1970 (habitantes$_{70}$ provincia/km^2-hab$_{50}$ provincia/km^2) y en el denominador el cambio de densidad de España (hab$_{70}$ España/km^2-hab$_{50}$ España/km^2), de tal forma que se obtiene un indicador relativo del cambio de densidad de cada provincia respecto al total de España. Si el índice es < 0, significa que la provincia ha perdido población; si se encuentra entre 0 y 1, la provincia ha ganado población, pero en menor medida que el conjunto de España, y si es >1, la provincia ha ganado población y lo ha hecho de un modo más intenso que el conjunto de España.

[19] Para el cálculo del índice de hogares unipersonales de 85 o más años en 2001, se pone en el numerador el número de tales hogares unipersonales de cada provincia entre el total de hogares unipersonales de la provincia en ese año, y en el denominador el número de hogares unipersonales de 85 o más años de España entre el total de hogares unipersonales de España. Si oscila entre 0 y 1, la provincia registra un índice de hogares unipersonales en ese tramo de edad menor que el conjunto de España; si es >1, este índice supera el correspondiente al conjunto de España.

[20] R_2= 0,5946 (gráfico 9); debido al extraordinario crecimiento de densidad de Madrid, Barcelona, Vizcaya y Guipúzcoa durante este periodo, no han sido consideradas en el ajuste cuadrático de esta regresión.

[21] Distribución de provincias según valor del índice (gráfico 9): *Valores negativos:* Zamora, Cuenca, Ávila, Soria, Segovia, Salamanca, Teruel, Orense, Toledo, Palencia, Lugo, Guadalajara, Albacete, Burgos, Cáceres, Badajoz, Jaén, La Rioja, Córdoba, Huesca, Granada, Ciudad Real; *Entre 0 y 1:* León, Castellón, Murcia, Almería y Lérida; *Valores positivos:* Alicante, SC Tenerife, Las Palmas, Valencia, Cádiz, Álava, Baleares, Pontevedra, Sevilla, Málaga, Girona, Tarragona, Coruña, Navarra, Huelva, Zaragoza, Cantabria, Asturias, Valladolid.

vincias que perdieron población entre 1950 y 1970, las mismas que alimentaron el éxodo rural-urbano y que hoy albergan los porcentajes más altos de hogares ancianos solitarios. Se trata de las provincias del interior, reiteradamente mencionadas en la cartografía presentada, como son las de las dos Castillas y Extremadura. En la regresión se observa un punto de inflexión a partir del cual aparecen cuatro provincias con valores extremos de aumento de densidad, que rompen con la tendencia decreciente de la proporción de hogares unipersonales de mayores de 85 años. Son provincias costeras que, tradicionalmente, han atraído y atraen inmigración de jubilados: Valencia, Alicante, Las Palmas y Tenerife.

En el análisis previo de la geografía del envejecimiento, se anticipó que la distribución y las causas del envejecimiento no son homogéneas en las distintas provincias españolas: en algunos casos, este fenómeno es producto de una alta longevidad y baja fecundidad; en otros, de emigración en el pasado e inmigración más reciente de jubilados, o de permanencia o cambio de residencia cerca de los hijos, que se concentran en las grandes capitales. Por tanto, las provincias que en 2001 destacan por su alta proporción de ancianos de 85 o más años viviendo en hogares unipersonales son precisamente las provincias envejecidas del interior del país, las mismas que entre 1950 y 1970 destacaron por su despoblamiento masivo.

Como continuación del primer ejemplo, en el segundo se compara el cambio de densidad de la población entre 1970 y 2001 con la situación actual de los hogares unipersonales de 85 o más años[22]. Se ha comprobado cómo esta misma relación se mantiene en el período más cercano, una vez pasadas las décadas del éxodo rural (Gráfico 10). Así, se observa la misma tendencia que en el caso anterior, aunque en este último período el cambio de densidad es menos intenso[23]. Persisten las mismas regiones extremas, aunque con menor grado de dispersión: las provincias pertenecientes a las dos Castillas y Extremadura y, en el extremo opuesto, las zonas turísticas. A estas últimas se incorporan Baleares y Málaga, que no destacaban en el gráfico anterior.

En conclusión, las provincias más envejecidas, aquellas que perdieron parte de sus efectivos en edad activa en el pasado –y con ellos la capacidad reproductiva de la región– contienen a poblaciones que siguen disminuyendo su densidad de población. El despoblamiento de algunas regiones como consecuencia de la emigración del pasado (hace más de 50 años) ha establecido un camino sin retorno en el que no se perciben indicios de rejuvenecimiento, pues, además, en aquéllas la longevidad es más elevada que en el resto de España. Esta inercia se mantiene durante todo el período analizado.

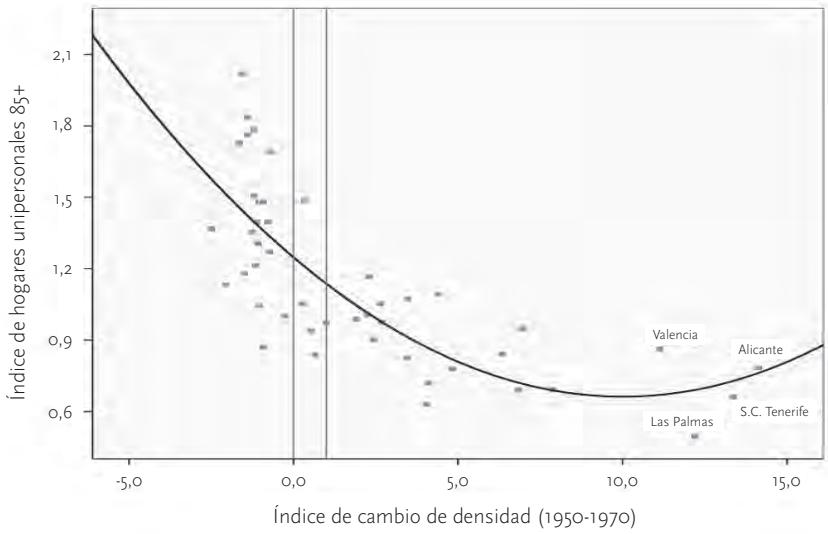
Asimismo, la tendencia hallada en el primer ejemplo, referido a la etapa del desarrollo económico español (1950-1970), persiste en el período de las tres décadas posteriores en un marco social radicalmente diferente (1970-2001). Las condiciones que entonces expulsaron a los jóvenes pueden afectar a los que permanecieron entonces, que son los ancianos de hoy. En estas regiones envejecidas y longevas, el vivir en soledad y la dependencia asociada a las edades muy avanzadas no parece un binomio sostenible, especialmente en aquellos hábitats poco poblados y con una longevidad creciente.

[22] R_2= 0,6448 (gráfico 10), debido al extraordinario crecimiento de densidad de Madrid, Barcelona, Vizcaya y Guipúzcoa durante este periodo, estas provincias no han sido consideradas en el ajuste cuadrático de esta regresión.

[23] Distribución de provincias según valor del índice (gráfico 10). Valores negativos: Zamora, Cuenca, Ávila, Soria, Segovia, Salamanca, Teruel, Orense, León, Palencia, Lugo, Burgos, Cáceres, Badajoz, Jaén, Asturias, Huesca, Ciudad Real; valores entre 0 y 1: Toledo, Guadalajara, Albacete, La Rioja, Córdoba, Coruña, Huelva, Lérida, Granada, Zaragoza; valores positivos: Alicante, Santa Cruz de Tenerife, Las Palmas, Baleares, Málaga, Valencia, Pontevedra, Murcia, Castellón, Valladolid, Cantabria, Tarragona, Sevilla, Cádiz, Álava, Girona, Navarra, Almería, Cantabria, Valladolid.

Gráfico 9

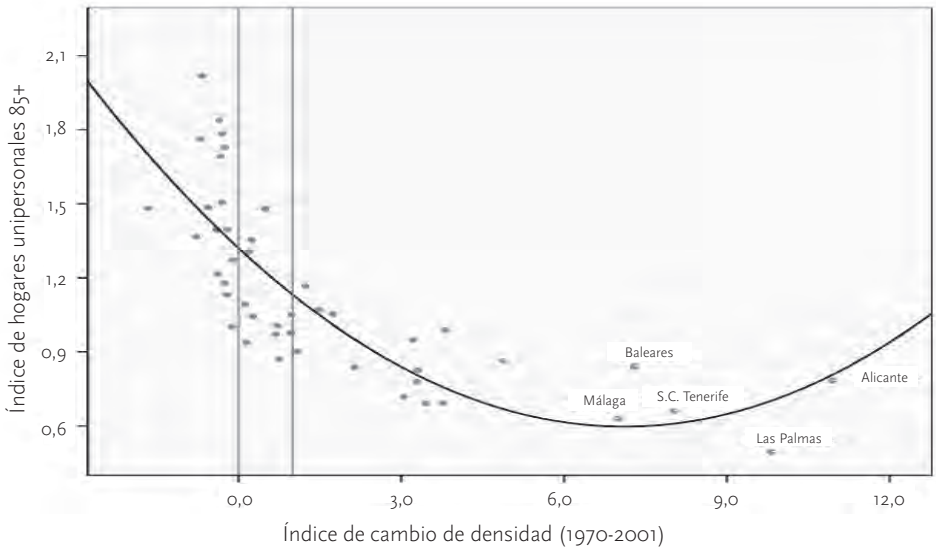
Relación entre el índice de hogares unipersonales de 85 o más años (2001) y el índice de cambio de densidad de las provincias españolas (1950-1970)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos del INE (www.ine.es).

Gráfico 10

Relación entre el índice de hogares unipersonales de 85 o más años (2001) y el índice de cambio de densidad de las provincias españolas (1970-2001)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos del INE (www.ine.es).

8. Una consecuencia de la distribución diferencial en el espacio: el apoyo a la población anciana

La razón de apoyo intergeneracional a los ancianos (RAIA)[24] pone en relación al colectivo de población que tiene entre 50 y 74 años (potenciales proveedores de cuidado y atención a los ancianos) con los ancianos de 85 o más años. Esa primera población que consta en el numerador es el equivalente a la población en edad activa de la clásica razón de dependencia, aunque aquí su actividad es el soporte y apoyo a los ancianos más dependientes: son las generaciones de los hijos, hermanos, sobrinos, hijos políticos, amigos, etc., es decir, las redes de potencial apoyo informal o redes de gestores/contratadores de apoyo formal.

En el cuadro 10 se aprecia cómo en el conjunto de España en 1970 había más de 37 personas de 50-74 años por cada anciano mayor de 85. En 2001, esta relación se ha reducido en más de un 50 por cien, de forma que sólo hay 15 personas en esa categoría de edad de potencial apoyo intergeneracional. Este hecho coincide con el aumento de la esperanza de vida en la vejez y con la agudización del envejecimiento en las regiones ya de por sí más envejecidas que vienen perdiendo población.

La peor situación es la de Castilla-León y Aragón, donde se conjuga una alta longevidad con un elevado despoblamiento en el pasado, de forma que son estas provincias las que registran una RAIA más baja en 2001 (10,3 y 11,8 por cien, respectivamente). En el otro extremo, la situación más favorable la encontramos en Canarias y Andalucía (19,8 y 18,6 por cien, respectivamente), ambas regiones de mayor fecundidad y que, además, vienen siendo receptoras de población jubilada joven en las últimas décadas, procedentes tanto de la inmigración extranjera de los países centrales europeos (Rodríguez 2004), como del regreso de españoles jubilados que deciden instalarse en estas comunidades.

La razón aquí presentada, tal como la proponen sus creadores (Hermann *et al*. 2007), no tiene en cuenta las diferencias de género entre los que sustentan, gestionan y reciben el apoyo, tanto formal como informal, ni tampoco las diferencias en relación con la actividad y el nivel socioeconómico o la cultura de apoyo intergeneracional dentro de la familia, diferente entre las regiones españoles. Estas aproximaciones, todas ellas de singular interés, son la base de nuestros análisis en la actualidad y se tendrán en cuenta en futuras publicaciones.

No es preciso matizar que un nivel bajo de RAIA y una alta esperanza de vida provincial es un reto para el apoyo institucional e informal, necesariamente crecientes. Así, el valor de esta información para la planificación social es relevante de cara al futuro próximo, sobre todo si se tiene en cuenta el rápido aumento del desequilibrio entre la población que potencialmente puede ofrecer apoyo intergeneracional –y que, de hecho, estadísticamente lo presta– y la población anciana y muy anciana. La razón entre ambos grupos ha caído dramáticamente, de forma especial en las regiones más despobladas y envejecidas.

Cuadro 10

Razón de apoyo intergeneracional a los ancianos (RAIA) en España, por comúnidades autónomas (1970-2001)

	1970	*2001*	*1970-2001*
CC.AA.	*RAIA (%)*	*RAIA (%)*	*RAIA (%)*
Andalucía	39,14	18,60	-20,53
Aragón	34,35	11,77	-22,58
Asturias	33,68	12,64	-21,03
Baleares	30,20	14,61	-15,59
Canarias	31,34	19,79	-11,55
Cantabria	32,58	12,30	-20,28
Castilla-León	36,43	10,33	-26,11
Castilla-La Mancha	37,06	12,05	-25,01
Cataluña	42,21	14,51	-27,70
Extremadura	36,31	13,94	-22,37
Galicia	32,27	11,94	-20,33
Madrid	39,01	16,29	-22,71
Murcia	37,80	18,06	-19,74
Navarra	34,80	12,33	-22,48
País Vasco	41,38	15,79	-25,60
La Rioja	35,30	12,66	-22,63
C. Valenciana	42,37	17,17	-25,19
ESPAÑA	**37,64**	**14,73**	**-22,91**

RAIA: Razón de apoyo intergeneracional a los ancianos. Aquí se expresa en porcentajes.
Fuente: Elaboración propia a partir de datos del INE, Censos de Población.

[24] En inglés se denomina *Older-Old Support Ratio* (OOSR), indicador propuesto por Hermann *et al*. (2007).

9. A modo de conclusión

La distribución geográfica de la población mayor en España según la estructura por edad ha estado condicionada por diversos procesos a lo largo del último siglo: el envejecimiento derivado de la evolución de la fecundidad, el envejecimiento causado por la emigración del pasado, junto con la reciente inmigración y el retorno (de nacionales), así como el envejecimiento originado por el descenso de la mortalidad adulta y anciana de las últimas décadas. Estos fenómenos han influido de manera diferente en las provincias y regiones, en función de sus respectivas tendencias reproductivas y migratorias, su nivel de salud y la longevidad de sus poblaciones.

No pretendemos abrir un debate acerca de todos estos procesos y de sus interacciones en este artículo, pero hemos tratado de definir el balance final de su impacto sobre la estructura del envejecimiento en España. El balance es positivo cuando consideramos que por cada cien españoles, hay actualmente 17 personas mayores de 65 años. Es más, el 10 por cien de la población mayor española tiene 85 o más años, mientras que a principios del siglo XX las cifras eran tan sólo del 5 y del 3 por cien, respectivamente. Además, hoy en día, diez de cada cien miembros de las cohortes susceptibles de estudio viven más de 95 años si son mujeres, y más de 92 años si son hombres.

Ello ha de ser interpretado como un resultado positivo tras un proceso que ha alterado el perfil joven de un país situado en el sur de Europa, convirtiéndolo en uno de los países con la población de mayor edad del mundo. Precisamente por ello, presenta al mismo tiempo importantes consecuencias y serios retos de futuro. Nos encontramos frente a un proceso demográfico de primera magnitud y el análisis histórico espacial aquí presentado (siguiendo a Caselli y Egidi 1981, 1988) no ha pretendido más que ofrecer una base sobre la situación de las diferentes regiones, a partir de la cual se pueda articular la planificación diferencial de servicios e infraestructuras dedicadas a la población anciana en las comunidades autónomas.

El desarrollo futuro de este estudio preliminar debe ser considerado dentro de un marco analítico del envejecimiento que se ajusta a dos ejes. Primero, es preciso afrontar la explicación de las convergencias y divergencias espaciales como diferencias de ritmo entre grupos al desarrollar este proceso (Vallin y Meslé 2005). Segundo, quedan ahora planteados estudios sobre los componentes diferenciales de las transformaciones operadas en cada región y sus interrelaciones durante un siglo, a lo largo de la geografía española, así como los cambios que han tenido lugar durante la primera década del siglo XXI.

Creemos que, con la descripción presentada de la evolución y distribución del envejecimiento en España, hemos demostrado cómo las tendencias poblacionales del pasado condicionan en buena medida el margen de opciones de las políticas públicas a aplicar en el presente porque la variación geográfica del envejecimiento de la población en distintos periodos contiene la historia de esas poblaciones y su huella demográfica durante, al menos, los últimos cien años.

Bibliografía

Caldwell, J.C. (1990), "Introductory thoughts in health transitions", en: Caldwell, C.; Findley, S.; Caldwell, P.; Santow, G. *et al*. (Eds.): *What We Know About Health Transition: The Cultural, Social and Behavioral Determinants of Health,* vol. 1 (2), Canberra Health Transition Centre, Australian National University: VI-XIII.

Canudas-Romo, V.; Glei, D.; Gómez Redondo, R.; Coelho, E. y C. Boe (2008), "Mortality changes in the Iberian Peninsula in the last decades of the twentieth century", *Population-E*, 63, 2: 319-344.

Caselli, G. y V. Egidi (1981), "La géographie de la mortalité italienne: différences territoriales et milieu", *Genus*, 37, 12: 1-53.

– (1988), "Les variations géographiques de la mortalité", en: Vallin, J. y F. Meslé (Eds.): *Les causes de décès en France de 1925 à 1978*, París, Institut National d'Études Démographiques (INED)/ PUF (*Travaux et Documents*, cahier 115): 507-607.

Frenk, J.; Bobadilla, J.L.; Stern, C.; Frejka, T. y R. Lozano (1991), "Elements for a theory of the health transition", *Health Transition Review,* 1 (1): 21-33.

Gómez Redondo, R. (1995), "Vejez prolongada y juventud menguada. Tendencias en la evolu-

ción de la esperanza de vida de la población española, 1970-1990", *REIS* 71: 79-108.

– (2010), "The Grey Revolution", en: Locoh, T. y F. Meslé (Eds.), *Population Life, Human Health / Vie des populations, Santé des Humains,* París, Les Collections de l'INED.

Gómez Redondo, R.; Gènova, R. y E. Robles (2007), "Envejecimiento, longevidad y salud: Bases demográficas en España", en: Ballesteros, S. (Dir.), *Envejecimiento saludable: Aspectos biológicos, psicológicos y sociales*, Madrid, Universitas-Uned: 41-76.

Herrmann, F.R.; Michel, J.P. y J.M. Robine (2007), "Who will care for the oldest people in our ageing society?", *British Medical Journal*, 334: 570-571.

Kannisto, V. (2000), "Measuring the compression of mortality", *Demographic Research* 3, 6: 23.

– (2001), "Mode et dispersion de la durée de vie", *Population* 56 (1- 2): 183-198.

Lerner, M. (1973), "Modernization and health: a model of the health transition", presentado en la reunión anual de la *American Public Health Association*, San Francisco.

Meslé, F. y J. Vallin (1998), "Évolution de la mortalité aux âges élevés en France depuis 1950", *INED, Dossiers et Recherches* 68.

– (2002), "La transition sanitaire: tendances et perspectives", en: Caselli, G.; Vallin, J. y G. Wunsch, *Demographie: Analyse et Synthèse. Les Déterminants de la Mortalité*, vol. III, cap. 57, París, Institut d'Études Démographiques.

Notestein, F. (1945), "Population, the long view", en: T. Schultz, *Food for the world*, Chicago, University of Chicago Press.

Olshansky, S. J. y A. B. Ault (1986), "The fourth stage of the epidemiology transition: the age of delayed degenerative diseases", *Milbank Memorial Fund Quarterly*, 64: 355-391.

Robine J. M. y J. P. Michel (2004), "Looking forward to a general theory on population aging", *Journal of Gerontology*, 59A (6): 590-597.

Robles, E.; Gómez Redondo, R. y N. Cámara (2006), "Aging, evolution and geographical distribution in the South of Europe: the Spanish case", *European Population Conference*, Liverpool, 21-24 de junio de 2006.

Rodríguez, V. (2004), "Turismo residencial y migración de jubilados", *Mediterráneo económico*, 5 : 233-253.

Vallin, J. (1991), *La Démographie*, París, La Découverte.

– (1993), "Social change and mortality decline: women's advantage regained or achieved?", en: Federici, N.; Oppenheim-Mason, K. y S. Sogner (Eds.), *Women's Position and Demographic Change in the Course of Development*, Oxford, Clarendon Press: 190-212.

Vallin, J. y F. Meslé (1989), "À long terme, l'ecart d'espérance de vie entre hommes et femmes devrait diminuer", *Population,* 6: 1244-1251.

– (2005), "Convergences and divergences: An analytical framework of national and subnational trends in life expectancy", *Genus*, LXI (N 1): 83-124.

Waldrom, I. (1983), "Sex differences in human mortality: The role of genetic factors", *Soc. Sci. Med.*, 17 (6): 321-333.

Wilmoth, J. R. (1997), "In search of limits", en: Wachter, K. W. y C. E. Finch (Eds.), *Between Zeus and the Salmon: The Biodemography of Longevity*, Washington, DC, National Academy Press: 38-64.

Zamora, F.; Cámara, N. y A. Parant (2005), "Dynamiques regionales du vieillissement démographique en Espagne, 1950-2001", Coloquio Europeo *Vieillissement et territoires, Population et Avenir*, París, 13-15 de septiembre de 2005.